

Cuando al cenit llegó el día,
cuando tu alma y la mía
sintieron su plenitud,
el tiempo, que era una fuente,
se convirtió en un torrente,
se derrumbó como alud.

Al tiempo nació sujeta,
para que fuera incompleta
la humana felicidad;
que amar es gozar el cielo
de Satán con el anhelo,
gloria sin eternidad.

Ni en el dudoso momento
cabe el raudo pensamiento
ni la incierta aspiración;
ni el amor, que mundos labra,
cabe en la fugaz palabra
ni en el débil corazón.

Tiempo, naciste maldito;
tú eres hijo del delito,
iris y muerte de Adán.
Tú eres la vida que avanza
con su nimbo de esperanza,
con sus alas de Satán.

¡Oh inquietud de la ventura!
Si con alas de locura
volabas entre los dos;
si en la dicha eres demencia,
en las sombras de la ausencia
eres maldición de Dios.

Tiempo horrible, yo te veo
con los ojos de deseo
que desesperas cruel;
¡ay!, yo en las noches calladas
siento las raudas pisadas
de tu incansable corcel.

¡Tú eres monstruo, tú eres hidra,
tú eres péndolo y clepsidra,
ritmo de mortal canción,
donde salta á cada nota
una vida, cuerda rota
del arpa de la creación!

Como en el aire la esencia,
va en el tiempo mi existencia
cuando vuela junto á ti;
pero de tu lado ausente,
la vida es sordo torrente
que se desborda de mí.

El espacio limitado
es el cauce do encerrado
va el tiempo á la inmensidad;
dejado el cauce sombrío...
¿quién busca en el mar al río,
ni al tiempo en la eternidad?

Ciego padre de esas horas
que engendras y que devoras,
tiempo, ¡constante morir!,
onda turbia y desbordada
que ante mi vista espantada
vas borrando el porvenir.

Yo te siento, en mi demencia,
la espantosa confluencia
de lo infinito salvar...
y allí las almas..., ¡Dios mío!,
¡se pierden como el rocío
entre las olas del mar!...



ANTE EL CRISTO DE LA VEGA

.....
.....
Y allá en los aires: —Sí, juro—
clamó una voz más que humana.

Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
¡Los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada!»

ZORRILLA.

De Toledo las calles legendarias
extasiados cruzábamos los dos.
¡Cuántas cosas decían sus ruinas,
contempladas al rayo del amor!

Todo conserva allí la huella angusta
que el paso de los siglos imprimió;
mas nada es tan sublime como el Cristo
que canta la piadosa tradición.

Nada, nada respira tal aroma
de fe cristiana y místico fervor,
cual la imagen del Cristo de la Vega,
que el perjurio de un hombre confundió.

Á la luz de una lámpara de plata
se ve la faz augusta del Señor...
¡Aún tiene abiertos los morados labios,
cual si acabaran de exhalar la voz!

—Mira—dije mostrándote aquel brazo
que nunca al brazo de la cruz tornó—:
sobre el hombre que falta á su palabra,
siempre alzada la diestra tiene Dios.

Ahora que solo has vuelto á su presencia,
rota la santa fe que nos unió,
dime: ante aquella mano esclavada,
¿qué sienten los perjuros del amor?

Madrid, Abril de 1892.



CADÁVER

Sobre una mesa de pino
de blancos lienzos cubierta,
lecho y altar, más bien trono,
del alba en la primavera;
sobre montones de rosas,
que su palidez aumentan;
de leves gasas ceñida,
que al sol naciente blanquean;
como el ángel en la nube,
como en la concha la perla,
dormida como en su lecho,
vestida como de fiesta,
yace una niña, tan pura,
cual de luna y sueños hecha.

Como el astro de la noche
 transparente, blanca y muerta,
 que algo del azul del cielo
 tras su nitidez refleja,
 perdió el color de la sangre,
 savia que torna á la arteria,
 trocó su carmín de rosa
 por la palidez de estrella.
 Blanco espectro, en la penumbra
 de los cielos y la tierra,
 tiene del sueño del niño
 la inmaculada pureza,
 la ondulación de la nube,
 la rigidez de la piedra,
 lo escultural de lo inerte,
 lo sideral de la niebla,
 la majestad del cadáver,
 la atracción de la belleza.
 Transfiguración y muerte,
 luz que fué, sombra que llega,
 crepúsculo de una vida,
 difusión de luz etérea,
 reflejos de un sol ya oculto,
 reverberación suprema,

sublime y postrer esfuerzo
 del alma y de la materia
 que aún no han roto el postrer nudo
 de la invisible cadena.
 La nube que en los espacios
 desvaneciéndose vuela,
 la luz que en cercos expira,
 la moribunda cadencia,
 que escalando el infinito
 se escapan de nuestra esfera,
 tienen, allá en lo invisible,
 degradaciones inmensas,
 con que la luz y el sonido
 á lo indefinible llegan...
 Así entre el cuerpo y el alma
 hay atracciones secretas,
 leves, invisibles hilos
 que unos tras otros se quiebran;
 que en la creación inexhausta,
 todo lo que acaba empieza.
 Sólo el afán del espíritu
 pudo hacer la muerte eterna;
 que esta mitad infinita
 que se encarna en la materia,

quiere para su envoltura
 la eternidad que le espera,
 y ansioso de perpetuarla
 el genio de la Edad Media,
 sobre el cadáver de polvo
 puso el cadáver de piedra.
 ¿Qué es el cadáver? El vaso
 sin aroma y sin esencia,
 la lámpara sin la llama,
 la abierta concha sin perla...
 ¡Leve estatua de cenizas,
 frente al viento que se acerca,
 frágil espectro de polvo
 que un soplo de Dios dispersa!..

Sevilla, Noviembre de 1879.



REMEMBRANZA

I

Aguarda, inspiración, fiebre ó locura,
 que corres como fuego por mis venas,
 do el curso de la vida se apresura;
 no viertas de una vez tus urnas llenas
 de sueños, de embriaguez, de fantasía,
 que puedo ansiosa recoger apenas;
 conserva esos tesoros de poesía
 para cuando mi sol toque su Oriente,
 que el himno vuela al despuntar el día.
 Pero ¡en vano!... Hervorosa la corriente
 confunde mis clamores y arrebata
 sin formas los delirios de mi mente.

Y allá va, como rauda catarata
que ronca se desprende de la altura,
mi canto, que á torrentes se desata...
¡Ay! ¡Pero son torrentes de amargura!

II

Trocándose en otoño iba el estío,
cuando al alma llegó la primavera;
te vi y te amé con ciego desvarío.
¡Te vi y te amé como la vez primera!
Sentí los arrebatos indecibles
del alma al encontrar su compañera.
Tus miradas de luz, indefinibles,
se cruzaron temblando con las mías;
y, cual si abrieran cauces invisibles,
pensamientos, delirios, fantasías,
corrieron al romper cárcel de hielo;
yo volaba á tu encuentro y tú venías;
y yo al sentirte apresuraba el vuelo,
como si cuerpo desligado fuera
que sintiera bajar su alma del cielo...

Fué la primera vez..., la vez primera
que en la vida mortal nos encontramos;
que yo sé que te he visto en otra esfera.

¿No es verdad que nosotros nos amamos
desde antes de nacer?... ¡Se conocieron
nuestras almas apenas nos miramos!

Y apenas nos miramos, ya no fueron,
al soplo del amor, más que una llama:
¡Tan pronto las miradas las fundieron!

Y como el fuego oculto más se inflama,
iba en ambos purísimo y latente
creciendo más y más. ¡Para el que ama
es el misterio de venturas fuente!...
Nos dimos cita al fin... ¡Con qué agonía
sentí volar las horas por mi frente!

También tiene su noche la alegría.
Todo mi ser temblando te esperaba,
como la tierra al acercarse el día.

¡Tal la vida su ritmo aceleraba,
que pensé que bullente por mis venas
toda la luz del sol se derramaba!

¡Pero llegaste al fin!... ¡Todas mis penas
no podrán ofuscar en mi memoria
aquellas horas de infinito llenas!

No fué pasión mortal, dicha irrisoria,
que hace de la ilusión remordimiento;
¡nuestro amor era digno de la gloria!

Yo aspiré, confundidas con tu aliento,
las notas de un celeste «¡Yo te amo!»,
porque no se perdieran en el viento.

¡Y hoy las pronuncio, cual postrer reclamo,
á quien con tanto afán las repetía,
y con tu misma voz gimo y te llamo!

¿Cómo no me respondes, vida mía?
¿Cómo, si no tenemos más que un alma,
no sientes tú también esta agonía?

En el desierto erial vive la palma,
porque de otra recibe su existencia,
¡y tú puedes sin mí vivir en calma!...

No vida, más que vida era la esencia
que nuestros corazones se enviaban
á través del abismo de la ausencia.

Nuestros dos pensamientos se cruzaban
cual rayos de dos soles separados
que distancias y nubes traspasaban.

¡Cuántos, cuántos tesoros derramados,
y cuántos nos brindaban todavía
los caudales del alma no agotados!

Tú eras la fe, la luz, la fantasía;
tú eras la inspiración, y yo la nota;
yo era el ritmo no más, ¡tú la poesía!

Hoy ya por el dolor el arpa rota,
mueren sin eco mis dolientes versos,
y huyen mis ilusiones en derrota.

Mis pobres pensamientos van dispersos
cual náufragos perdidos, cuya nave
sepultan en el mar vientos adversos.

Como herida y sin fuerzas rueda el ave
que lejos mira el anhelado nido
y espera sólo que su vida acabe,

la muerte anhela el corazón herido...
No es desesperación... ¡Esas remotas
glorias ya para siempre se han perdido!

¡No eran del mundo, no! ¡Yo bien sabía
que después de exhalar aquellas notas,
por su propia tensión las cuerdas rotas,
la lira del amor estallarí!...



VELADAS DE INVIERNO

¡Adiós, veladas de la infancia mía;
noches de amor, no volveréis jamás,
las que pasé á las plantas de mi madre
dormida junto al fuego del hogar!
Jamás, jamás las implacables horas
que, atados á su carro sin piedad,
nos arrastran al fondo del abismo,
su carrera de muerte detendrán.
Ellas cruzan por cima de las flores,
sin ver que las marchitan al pasar;
mostrándonos la imagen de la dicha,
corren, gritando siempre: ¡más allá!...
y nos arrastran por floridas sendas
que nunca volveremos á pisar.

Aún recuerdo las horas de la infancia,
 más dulces porque nunca tornarán.
 Ya se apagó el hogar, y las veladas
 que huyeron á su luz, no vuelven más.
 Náufragos restos del bajel perdido
 que á la playa arrojó la tempestad,
 somos dos aves que el sagrado techo
 de la vejez cobija en su orfandad;
 planta sin flor junto al marchito sauce,
 mi pobre juventud pasando va;
 vivo de la esperanza y los recuerdos,
 y más bien que vivir esto es soñar.

Cuando bajan las sombras de la noche
 en torno del brasero de metal,
 do cual roja pirámide de oro
 arde el fuego sagrado del hogar,
 alrededor de una mesa nos sentamos,
 do á Dios nuestras plegarias se alzarán,
 do en los libros, herencia de los genios,
 la luz mi inteligencia buscará;
 que si es templo el hogar de la familia,
 la mesa sobre el fuego es el altar.

Arde la blanca llama de la lámpara,
 prisionera en su cárcel de cristal;
 proyecta la pantalla ancha penumbra
 que, como un velo, á suspenderse va
 del techo, donde en medio de las sombras
 se ve un rayo de luz juguetear;
 una estrella parece en las tinieblas
 la luz que sube en cándida espiral;
 el libro abierto de las santas vidas
 la frente de la anciana va á besar;
 quizás vencida al peso de su nieve
 la marchita cabeza inclinará.
 Todo es silencio y calma en torno mío,
 y, en medio de la densa obscuridad,
 sólo velan las luces de mis ojos,
 la lámpara y el fuego del hogar.
 Rueda, á veces, la lluvia en los cristales,
 ó medroso retumba el huracán,
 y del reloj se escucha imperturbable
 el corazón de acero palpitar,
 ó, á veces, un suspiro con que anuncia
 que va vibrar su lengua de metal;
 ¡parece que suspiran sus entrañas
 por las horas que dejan escapar!

¿Qué predicen tus ecos incesantes,
heraldo de la negra eternidad?
¿No ves que con tu ritmo se acompasa
el de mi vida, que callado va?
¡No mezcles ¡ay! la duda y la agonía
con mi tranquila y dulce soledad!

Vosotras, noches de apacibles horas,
que tan largas parecen á mi afán,
¿volveréis otra vez á mi camino,
solitarias veladas del hogar?...
Quizá las que hoy lamento desgraciadas
mi corazón un día envidiará...
¡Tal vez llorando evocaré las sombras
de estas noches que nunca volverán!..

Sevilla, 1879.



LA ÚLTIMA JOYA

De un palacio condal son las ruínas
hoy á misero albergue consagradas.
¡Así las fortalezas olvidadas
prestan nido á las pobres golondrinas!

Soberbio es el balcón, donde grabados
brillan los timbres de pasada gloria;
¡ay, ya no guardan de ella ni memoria
los hijos de los nobles degradados!

Soberbio es el balcón, regio en nobleza;
pero su mármol frío
se niega á dar albergue á la pobreza;
y, rotos sus cristales,
la lluvia, el sol, el viento y el rocío
penetran á raudales
en su viejo salón, mudo y sombrío.

Allí del crudo Enero una mañana,
 en que el rocío se convierte en hielo,
 muriendo está una anciana,
 sobre unas pajas, en el duro suelo.

Muriendo está de hambre—¡qué agonías!
 Bajo aquel techo de marfil y oro
 bebe el suelo las gotas de su lloro,
 como bebió el licor de las orgías.

Allí una pobre niña, una paloma,
 que va á dejar la muerte abandonada,
 llora junto á su madre, arrodillada,
 y á sus ojos temblando el alma asoma.
 ¡Ella quisiera darle, en su demencia,
 el soplo de su virgen existencia
 en la divina luz de su mirada!

Y al ver que se moría
 y la olvidaba el mundo, en su egoísmo,
 pobre azucena al borde del abismo,
 la cabeza inclinó... ¿Qué pensaría?

Cual torrente de oro desprendido
 rodaron por su frente los cabellos,
 y el sol, compadecido,
 rompió las nubes por mirarse en ellos.

En el roto dintel de su ventana,

el tiempo, compasivo, para espejo,
 un cristal le dejó, que, tinto en grana,
 con el beso de luz de la mañana
 hirió su sien con tímido reflejo.

Y al levantar la niña la cabeza,
 por tan santo dolor embellecida,
 vió en él su cabellera desparcida,
 y asombróse á ella misma su belleza.

Loca, transfigurada,
 cual contempla el avaro su tesoro,
 miró el torrente de sus rizos de oro,
 y... —¡Madre—prorrumpió—, ya estás salvada!

Levantóse..., y al par se levantaron
 en su mente fantasmas tentadores,
 mil recuerdos de dichas y de amores
 que sus ojos de niña deslumbraron.

De un mancebo, que ausente idolatraba,
 eran todo el encanto aquellos rizos.
 ¡Cuán bellos el cristal los retrataba!
 ¿Cómo perder, por siempre, sus hechizos?

Pero se oyó un gemido de agonía,
 y moribunda se agitó la anciana;
 y dejando la niña la ventana,
 —¡Perdón—dijo llorando—, madre mía!

Y junto al pobre lecho, de rodillas
desgajaba el raudal de sus cabellos,
que besaban llorando sus mejillas
al caer cual las hojas amarillas.

Y —¡Un pedazo de pan, bien valen ellos!—
exclamaba con triste desconsuelo.

—¡Ten, madre, para ti, la última alhaja!—

Mas de sus bucles, al caer el velo,
cual rama que del tronco se desgaja,
vió un cadáver..., y dijo: —¡Está en el cielo!
¡Le han servido mis rizos de mortaja!

Sevilla, Enero de 1879.



¡SU ÚLTIMO DÍA!...

Pasó la tempestad con que los cielos
contemplaron gimiendo tu agonía;
de sus más puros transparentes velos
vistióse el cielo azul de Andalucía:
sus rayos derramaban los consuelos
que insensata apuraba el alma mía,
¡y tú también de la risueña aurora
sentiste la impresión consoladora!

Juzgué reposo tu mortal desmayo,
te vi impasible y te creí tranquila,
y envuelto entre la luz del sol de Mayo,
que inundaba radiante mi pupila,

bajó á mi alma de esperanza un rayo.
 ¡Esperanza cruel, lumbré que oscila,
 como el rayo que alumbra la caverna,
 al borde mismo de la sombra eterna!

Bañaba el sol con resplandores rojos
 la imagen de una santa Magdalena
 que trazó tu pincel, y yo de hinojos
 ante el lienzo caí; de ilusión llena,
 soñé ver de tus ojos en sus ojos
 la clara luz y la sublime pena;
 velado entre las ondas del cabello
 soñé en su rostro tu semblante bello.

Mintiendo vida el sol cruzó su frente;
 pensaba que eras tú, que embellecida
 por la aureola de la luz naciente,
 llena otra vez de sentimiento y vida,
 alzábaste de amor resplandeciente;
 y al ver su cabellera desparecida,
 me pareciste tú, cuando llorabas,
 que del lecho á rezarte levantabas.

Y entonces, con creciente desvarío,
 trocóse en esperanza mi amargura;
 loca extendí los brazos al vacío,
 y un torrente de amor y de ternura,
 suspirante brotó del labio mío:
 no sé si fué oración ó fué locura;
 sólo sé que, mezclados, repetía:
 ¡Dios, esperanza, amor y madre mía!...

¡Ay!, que fué aquélla mi oración postrera;
 ¡fué de mi alma el último gemido!
 Tú me enseñaste la oración primera:
 ¡te perdí para siempre!... Y ya, ¿qué pido?
 Tu alma... ya goza en la celeste esfera,
 y yo, demente, al ver que te he perdido...,
 ¡hasta pienso, en mi loco desconsuelo,
 que con tu vida se rompió mi cielo!...

Después..., después... los cielos sonrientes
 no velaron su faz, ni la mañana
 obscureció sus luces esplendentes.
 ¿Se goza Dios en la amargura humana?

¿O los cielos de luz resplandecientes,
vestidos de amaranto, azul y grana,
aguardaban, brillando de alegría,
el alma pura de la madre mía?...

Conteniendo en los párpados el llanto,
que en onda amarga el corazón volvía,
penetré en tu aposento y... ¡con qué espanto!
¡Te vi en los brazos ya de la agonía!...
De un crucifijo en el semblante santo
clavada estaba tu mirada fría...
Mas mi sollozo de dolor profundo
te hizo de nuevo despertar al mundo.

¿Cómo pude apurar tanta amargura?
Tendido en negras ondas el cabello,
envuelta en tu nevada vestidura,
de genio y santidad vivo destello,
la santa imagen de la Virgen pura
con roja cinta suspendida al cuello,
¡sobre tu frente, de tronchado lirio,
la aureola suprema del martirio!...

Temblando lo recuerda el labio mío;
¡si la muerte en los labios se bebiera
como bebí aquel beso, intenso y frío,
en que envuelta me diste el alma entera!...
¡Con cuánto afán, mi amante desvario
ansiaba al confundir, por vez postrera,
mi labio palpitante al tuyo inerte,
darte mi vida y aspirar tu muerte!...

¡Fui cruel, muy cruel!... ¡Con cuánto anhelo,
fija la vista en Dios, transfigurada,
gozabas de los justos el consuelo,
al mirar entreabriese tu morada!...
¡Y mi sollozo te arrancó del cielo!...
Y al mirarme á tus pies arrodillada,
mi acerbo llanto renovó tu herida,
¡y no quisiste ya dejar la vida!...

Y... ¡ya note vimás!... Después... ¡Dios santo!
después, ¡la muerte y su terror profundo!...;
después... ¡las olas de mi acerbo llanto
desvanecieron á mi vista el mundo!...;